

Haciendo lugar



Cuando a los pocos meses de vida descubrieron que Antonio padecía de Parálisis Cerebral, sus padres reaccionaron con una mezcla de variados y contradictorios sentimientos. A ellos se les entremezclaron las emociones de todo tipo y color, en una ensalada de frustración e impotencia, sazónada de rencor.

La ira contra vaya a saber qué, o las inesperadas reacciones coléricas contra todo y contra todos, gatilladas por nimios e insignificantes contratiempos, fueron el sello de aquellos aturdidos padres, en sus primeras semanas conviviendo con el ingrato diagnóstico. Una extraña sensación de culpa se adueñó de ellos y luego, emergieron la fría soledad y la oscura depresión. La soledad era horrible... era estar al lado del otro y sin embargo, seguir extrañando la presencia humana que nos consuele, con una palabra o con un gesto.

Parecía ser una pareja condenada a sufrir, a padecer por no haber logrado el éxito de reproducirse sanamente. Parecía que no iban a soportar ese brutal choque inicial, ese tomar conciencia de ser padres de un ser extraño y anormal... Pero luego de un tiempo, luego de meditaciones sin respuestas y de reflexiones entre llantos y sollozos, luego de tocar el duro fondo de sus vapuleadas reservas mentales, algo les hizo clic en sus cerebros... Y una mañana se arremangaron y juntos, trabajaron codo a codo por su hijo. Trabajaron y trabajaron, hasta volver a sonreír. El trabajo suele redimir, sobre todo a quienes lo encaran con pasión.

Aprendieron con esfuerzos y renunciadas, a ser padres especiales. A ser los padres de Antonio... a quererlo, aceptarlo... y cada día, un poco más. Aprendieron a convivir con las dudas, con las incertidumbres. Y aunque les resultaba muy difícil imaginarse como sería el futuro de ese niño tan... incapacitado, poco a poco y como si fuese brotando desde adentro, una lucecita de esperanzas se encendía y eso, les fue haciendo vislumbrar una salida.

Y así, aunque se preocupaban mucho por todo, se concentraron en el aquí y ahora... en el día a día. Y comenzaron a salir adelante - juntos, él y ella - y a entrever un tibio y oxigenante respiro - entre cientos de angustias y miles de temores -. Otra vez, juntos.

Al principio era la madre quien mantenía siempre cerca de ella a su niño, le hablaba y le tocaba. Ella fue la primera que le perdió el miedo, que aprendió a movilizarlo y asearlo sin agravar demasiado, sus tensiones y espasmos musculares. Jamás lograron hacerlo caminar, tragaba con dificultad y no era raro que la comida le quedase entre sus dientes con forma de clavija, o escondido entre los labios y las encías inflamadas. Y cuando más grande, resultó imposible que Antonio usara el orinal o la chata. El pañal, resultaba estrictamente necesario a toda hora.



Antonio creció postrado en una cama, aplastado en sus espasmos, soportando convulsiones y arrastrando temblores infinitos. Pero a pesar de todo, resultó ser una personita amable y cariñosa. Compensando con sonrisas que le deformaban su rostro, retribuyendo con movimientos oscilantes de cabeza y temblores interminables, paralelos a sus desbordadas emociones, como poniendo un débil rayo de sol en la oscura noche de los miedos. Antonio con esos intentos de resultar simpático, lograba que sus padres tuviesen la paciencia y esperanza que él necesitaba.

A pesar de que la cara de Antonio daba la impresión equivocada de que no podía aprender, empezó a sorprender con su capacidad sin límites. El padre fue imaginativo y consiguió adaptarle la enseñanza, que incluso superaba a los otros niños de su edad.

Era marcadamente espástico en sus dos piernas y el brazo derecho. Triplejía espástica severa, proclamaba el certificado de discapacidad, que un día le entregaron a sus padres. Y a pesar de estar clavado en esa cama, su mente volaba y volaba, de la mano de poesías, cuentos, historias de piratas o descripciones de otros mundos. Como sucede algunas veces, Antonio resultó extremadamente inteligente. Asimilaba como ávida esponja, la cantidad infinita de datos que esos padres le administraban en sus charlas diarias. Padres e hijo, terminaron admirándose mutuamente.

Aprendieron a comunicarse con Antonio, a reconocer e interpretar sus comportamientos y necesidades, desde bebé. Luego llegaron a un diálogo que por momentos resultaba muy profundo... ¿Qué sentido tiene el dolor? ¿Por qué le tocó esa enfermedad a él? ¿Él, tenía la culpa de algo...? ¿Se iba a poder casar?. Antonio, para la edad de 13 años, lograba girar su cabeza, dirigir la mirada y mover el brazo izquierdo, llegando a coordinarlo lo suficiente como para escribir en una pizarra.

Su padre era ingeniero y la madre, una maestra de escuela... ambos se preocuparon mucho por conocer al máximo, de todo cuanto se publicaba sobre Parálisis Cerebral. Y tanto fue el estímulo que le proporcionaron, que Antonio aprendió de muchas cosas, que estimulaban y estimulaban al límite, su increíble desarrollo cerebral. El amor y el trabajo, empujeñan montañas y rellenan vacíos imposibles...

Aunque cada tanto padecía convulsiones y por horas no recuperaba su conciencia, Antonio crecía en curiosidad y adelantaba en preguntas y cuestionamientos. Con su mano izquierda manipulaba el negro marcador de fibra escribiendo sobre una tablilla, supliendo con creces esa incapacidad para expresarse con la voz que le faltaba. Y hasta se destacaba en materias abstractas como la psicología y la lógica. Hasta pidió que le atasen un cordel a la cabecera de su cama, para que asiéndose con su mano izquierda, pudiese el mismo cambiarse de posición con frecuencia y no escararse. Su voluntad y determinación, se sumaron a las de sus padres.

A los tres, a los cinco y a los siete años de estar postrado, al pequeño Antonio le nacieron hermanitos, los cuales fueron quedando relegados a un segundo plano. Los celos en los hermanos por la atención que recibía el enfermo, eran una cotidiana realidad. El del medio



sobre todo, tenía cierto resentimiento y muchos problemas de comportamiento. Los padres explicaron lo mejor que pudieron a los niños, la enfermedad de Antonio y les aseguraron que a ellos, no les iba a pasar lo mismo.

Era común que a la hora de dormir, Antonio no conciliara el sueño con facilidad. Cuando su madre entraba al cuarto, ella solía masajearlo hasta relajarlo, lo suficiente como para que se quedara dormido. Una noche a ella se la notaba muy cansada, por lo cual el niño aparentó estar dormido, buscando que ella se fuese a dormir y descansase. Pero el padre entró detrás de ella y el pequeño fue involuntario testigo del íntimo diálogo de sus padres, en una voz cuchicheada entre las sombras.

- *¿Estas segura de estar embarazada?*
- *Si, el médico me lo aseguró...*
- *¡El quinto embarazo! ¡Por Dios! Ya no tenemos un peso de más, ya no tenemos un minuto de intimidad para nosotros... Yo ya estoy "po - dri - do" de todo esto.*
- *Y... entonces... ¿Qué querés que hagamos?*
- *Hacete... hacete un aborto.*

Y se marcharon. Desde su cama, Antonio podía contemplar a través de la pequeña ventana de su cuarto, las algodonosas nubes que surcaban el cielo, iluminado por una extraña luna llena. No durmió en toda la noche y sus ojos, no pararon de llorar... Su almohada recogió con recato, cada gota que brotó desde su alma atormentada.

Tenía una cama ortopédica, que él mismo activaba por electricidad con su mano izquierda. Esa mañana la elevó con la botonera de control, hasta el máximo de su altura; luego pasó el cordel por su cabeza hasta que le quedó a la altura del cuello... y arrastrando su famélica figura entre las arrugadas y sorprendidas sabanas, se dejó caer.

Uno de sus hermanos, precisamente el del medio, encontró horrorizado que un lazo del grueso cordel, lo mantenía colgando a Antonio de la cabecera de su cama. Su rostro estaba en paz y su pequeño cuerpo, tranquilo e inmóvil... inerte, como nunca.

En la pizarra encontraron escrito con unas trabajosas letras de imprenta, un escueto mensaje final: *"Madre y padre. Lo que hice, creo que es lo mejor para todos y lo más lógico. Anoche los escuché discutir y me di cuenta, que el que más dinero les hace gastar y el que más tiempo les ocupa, no es el hermanito que va a nacer, sino yo. Les dejo mi lugar para el hermanito y también un beso. Recuérdeme y déjenlo nacer..."*

Y les tocó convivir a los padres de Antonio, con esa presencia permanente de la ausencia de un ser querido. A menudo la vida duele, pero a veces... desgarrar y asfixia.

fin